de esos palacios fortificados donde se encierran todas las tiranías? ¿Qué quedará del altar y el trono? ¿En qué se habrán convertido, sobre el cadáver del mundo, esos laboratorios donde se ejercen las ciencias bienhechoras, y esos museos donde se acumulan las obras maestras de todas las artes, y esas bibliotecas, vastos archivos donde se conservan todas las obras del espíritu humano? Nada será respetado, nada sobrevivirá; agotada, la humanidad perecerá toda entera, hasta en sus obras, hasta en su nombre. Desaparecerá del resto del universo, de entre los planetas hermanos suyos, y de entre los planetas desconocidos de otros soles del cielo estrellado, sin dejar sombra de huella alguna en la infinidad del espacio y en la infinidad del tiempo. ¡Y aun se quiere que, á favor de un alma inmortal, el hombre sobreviva eternamente á la humanidad!

CAPITULO V

La Ciencia y la Conciencia

Sí; el hombre y la tierra, pasarán. Pero, ¿qué importa? Para los innumerables discípulos de Buda, ¿no es el *Nirvana*, es decir, la liberación por la nada, el supremo grado de la beatitud? ¿No repiten todos ellos la última palabra del Giaur: «No tengo necesidad de paraíso, sino de reposo.»

«¿Por qué no te retiras—dice Lucrecio—como un convidado harto de vida? ¿Por qué, con espíritu tranquilo, no gozas ¡oh, insensato! un reposo seguro?»

«Bienaventurados los muertos, porque reposan.» (Lutero).

El miedo á la muerte, el horror á la nada, especialmente si se añade el terror y el horror de una muerte violenta, por el hierro ó el veneno, por el agua ó el fuego, constituyen un instinto sabiamente dado por la naturaleza para la conservación de la especie. Sin ese instinto, y si

cada cual pudiese morir cuando quisiera su voluntad, la humanidad se destruiría por el suicidio. Se diría como Séneca: «¿Te gusta la vida? Quédate. ¿Te disgusta? Es permitido volver al punto de donde se ha venido.» (94). Pero la reflexión puede combatir ese instinto de conservar la vida y reducirlo á su justa medida.

«El sentimiento de la existencia, ha dicho Buffon, ¿no está destruído por el sueño? Cada noche dejamos de existir... La vida es un hilo dividido por dos nudos que pertenecen á la muerte... ¿Por qué, pues, ocuparse de la longitud de esta cadena que se rompe cada día?» (*De las probabilidades de la duración de la vida*).

«Tu mejor reposo—dice Shakespeare,—es el sueño. Lo llamas muy á menudo, y tiemblas ante la muerte, que no es otra cosa que sueño...»

No temamos «el dulce, el deseado, el postrer abrazo de la vieja tierra al cual llamamos sepultura.» (Rabelais).

«Poseo—dice Zenon—un tesoro que nadie podrá arrebatarme, pues nadie puede quitarme la dicha de la muerte.»

(94) Los discípulos de Hegesias de Alejandría, se habían prendado de tal manera de esta *paz sin turbación*, en la cual colocaban la sabiduría, que se mataban unos tras otros hasta que el rey de Egipto se vió obligado á cerrar la escuela.

Y Epicuro, añade: «Mientras existamos, la muerte no existe; cuado existe, ya no existimos.»

«Sócrates—dice Montaigne—cobró valor en la muerte, no porque su alma fuera inmortal, sino porque él era mortal.» «Si la muerte—había dicho el mismo Sócrates en su *Apología* (citada por Platon, traducida por Montaigne)—es un aniquilamiento de nuestro ser, es un beneficio entrar en una larga y apacible noche; no sentimos nada más dulce en la vida que un dormir tranquilo y profundo, sin ensueños.»

Pero si el instinto de conservación es de una utilidad manifiesta, ¿puede decirse otro tanto de la creencia en una vida futura? ¿Es también indispensable, por ejemplo, á la salud de las sociedades humanas? El mismo Montesquieu, después de Bacon, después de Cicerón, vese forzado á admitir lo contrario. «La religión de Confucio—dice,—niega la inmortalidad del alma, y la secta de Zenón no cree en ella. ¿Quién lo diría? Esas dos sectas han sacado de sus malos principios consecuencias no ya justas, sino admirables para la sociedad...» «Nacidos para la sociedad, los estoicos creían que su destino era trabajar por ella, y parecía que la sola felicidad de los otros aumentaba la suya.» (*Espíritu de las Leyes*, lib. XXIV. cap. XXI y X). Montes-

quieu, que así habla, acababa, sin embargo, de combatir vivamente lo que llamaba las paradojas de Bayle, á saber: «que una sociedad de ateos podía existir y sería mejor que una sociedad de idólatras»; en otros términos, «que es menos peligroso no tener religión, que tenerla mala», y que, «verdaderos cristianos no formarían un Estado que pudiera subsistir.»

Sin embargo, esta última proposición es evidentísima, lo mismo que la primera, de la cual hablaremos luego. Las virtudes cristianas se oponen de tal manera á las costumbres cívicas, que un perfecto cristiano no puede ser un buen ciudadano. Tertuliano, lo confiesa: «Nada nos es más extraño que la cosa pública (*nec ulla magis res aliena quam publica*. Apologético)», y rechaza para los cristianos el servicio militar. El desprecio de todo bienestar debe conducir lógicamente á la destrucción de la vida social y á la vida de anacoreta; lo mismo que la observación exagerada de la continencia, tal como la predice San Bernardo, debería conducir al fin ó la extinción de la especie humana.

Si los cristianos fueran verdaderamente consecuentes con su creencia, deberían matar á todos los niños recien nacidos inmediatamente después del sacramento del bautismo. Purificados del pecado original, y no habiendo podido contraer

aún ninguna otra mancha, esos inocentes sagrados y asesinados, estarían seguros de subir al paraíso para gozar en él la eterna beatitud; mientras que, permaneciendo en la tierra y entregados á todas las tentaciones del espíritu maligno, corren el gran peligro,—pues apenas se cuenta un elegido por cien condenados,—de caer en pecado mortal, al morir impenitentes, y, finalmente, de ser precipitados en las llamas eternas. ¿Cómo vacilar entre esos dos caminos del cielo y del infierno? Esta inmolación bienhechora á la cual debería prestarse con gozo la ternura de los padres alumbrada por los rayos de la fe, aumentaría á buen seguro el número de los ángeles, pero en detrimento del número de los hombres. Así acabaría pronto, si no la humanidad, que no está por completo sojuzgada por el *Credo*, al menos la cristiandad.

Volvamos á la primera *paradoja* de Bayle según la cual «una sociedad de ateos, sería mejor que una sociedad de idólatras.»

«El ateísmo, dice Bacon, abandona al hombre al buen sentido, á la filosofía, á la piedad natural, al respeto de las leyes, al deseo de reputación, que pueden ser otros tantos guías hacia una virtud moral exterior, aún á falta de religión; mientras que la superstición da al traste con todo esto y se erige en monarquía abso-

luta en el espíritu de los hombres. En consecuencia, el ateísmo jamás ha turbado los Estados, pues hace á los hombres guardadores de sí mismos... Vemos que los tiempos inclinados al ateísmo, como los de César-Augusto, eran tiempos de civilización.» *(Essays of Atheism.)*

Bacon, hubiera podido citar también el ateísmo oficial de los chinos, de los mongoles, de los tibetanos, de todos los budistas (95). Su compatriota Hobbes no titubeó en decir, algo más tarde, que si, en una república donde no se reconociera ningún Dios, algún ciudadano proponía uno, lo ahorcarían en el acto. Era lo contrario de la ley de Robespierre; y Hobbes hablaba así por horror de las supersticiones y del fanatismo, que turban siempre la tranquilidad de los Estados, mientras la indiferencia en materia de religión les asegura la paz y el reposo (96).

(95) «No hay, dice Barthelemy Saint-Hilaire, tras Eugenio Burnouf, la menor huella de creencia en Dios en todo el budismo... Buda ignora á Dios de una manera tan completa, que ni intenta negarlo. No habla de él ni para explicar el origen del hombre ó su vida presente, ni para conjeturar su vida futura y su liberación definitiva... Buda no conoce á Dios de ninguna manera». *(El Buddha).*—Lo cual prueba que la idea de Dios ni siquiera es necesaria para el establecimiento y mantenimiento de una gran religión.

(96) Pomponacio, en su libro quemado en Venecia, en 1521, se había ya atrevido á decir: «Ni los viciosos admiten universalmente la la mortalidad (del alma), ni los virtuosos la inmortalidad. Vemos, en efecto, muchos hombres depravados que son creyentes, y sabemos, por el contrario, que muchos hombres justos y santos profesan la mortalidad de las almas».

Por otra parte, esos austeros republicanos de tía en practicar, sin ninguna esperanza de remu la antigua Roma, discípulos de Zenón y de Epicuro, ¿esperaban una segunda y eterna vida para proceder virtuosamente? Esto hubiera sido destruir su teoría del soberano bien, que consisneración, la virtud por la virtud (97). No, no esperaban otra vida como tampoco los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, que jamás hablaron ni oyeron hablar de ella. Nadie ignora, en efecto, que las leyes atribuídas á Moisés no establecían más que penas ó recompensas materiales, inmediatas, limitadas al curso de la vida terrestre: «Si obedecéis, tendréis lluvia en la primavera ó en otoño, trigo, aceite, vino, heno para vuestras bestias. El Señor bendecirá el fruto de vuestros vientres, y el fruto de la tierra y las crías de vuestras vacas y vuestras ovejas...» *Deut.*, cap. VII). «Perseguiréis á vuestros enemigos, y caerán por la espada ante vosotros. Cinco de vosotros perseguirán á cien, y cien per-

Se ha observado que entre los zíngaros de Rumania, los únicos que demuestran alguna probidad, que cumplen su palabra y se abstienen del merodeo, son los estañadores llamados *Turcili*. Precisamente éstos no tienen creencias ni culto.

(97) He aquí la principal fórmula de la *Stoa* (pórtico), de donde han tomado su nombre los estoicos: «Si no hay otro bien que pueda compararse con la virtud, es preciso confesar que no hay otro bien que la virtud; si algún mal hay que no pueda compararse con el pecado, es preciso decir que no hay otro mal que el pecado».

seguirán á diez mil.» (*Levítico*, cap. XXVI).— «Si no cumplís todas las órdenes... seréis malditos en la ciudad y en los campos... El Señor os dará, en lugar de lluvia, polvo menudo... Sufriréis hambre... pereceréis de miseria, de frío, de fiebre... tendréis tiña, gálico, fístulas, úlceras en las rodillas y en los muslos... Te casarás con una mujer, pero otro se acostará con ella... Echarás mucha semilla en tu campo, pero los saltamontes la consumirán... Comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas... Arrojaré los cadáveres de vuestros animales sobre los cadáveres de vuestros dioses de escremento, y mi alma os guardará odio...Os dispersaré entre las naciones.» (*Levítico*, cap. XXVI).

La idea de la otra vida tampoco aparece en los escritos posteriores al Pentateuco. No podría encontrarse la menor alusión á esta esperanza consoladora en las innumerables quejas y lamentaciones que llenan los ciento cincuenta himnos de que se compone el conjunto de los salmos. Así, el pueblo de Dios, el revelador del monoteísmo, no reconoció tampoco la inmortalidad del alma; no recibió las primeras nociones de esta creencia hasta después del cautiverio de Babilonia; y tomó la doctrina de los griegos platónicos. «Es el colmo de la ignorancia, dice Arnauld, poner en duda la verdad, atestiguada por todos los

Padres, según la cual las promesas del Antiguo Testamento, sólo eran temporales y terrenas.» (*Apología de Port-Royal.*) Lo que los hebreos llamaban alma, era sencillamente la vida. «Y Dios dijo: que las aguas produzcan reptiles de alma viviente.» (*Gen.*, cap. II). «Sobre todo, dice el Señor, guárdate de comer sangre, porque la sangre es el alma, y no comerás el alma con la carne.» (Deut., cap. XII, V. 23). También en tiempo de Homero, el alma deslizábase con la sangre.

Si la crencia en la vida futura no es necesaria ni para el mantenimiento de las sociedades, ni para la práctica de la virtud, en cambio la negación de esta creencia entraña una consecuencia muy deseable. ¿En qué se funda la autoridad de los papas, de los concilios, de los obispos, del clero, en fin? Santo Tomás de Aquino lo dice en una frase (*De Regimine principium*): «El poder temporal no existe más que por el poder espiritual, del mismo modo que el cuerpo no vive más que por el alma.» Pero, suprimida el alma y quedando sólo el cuerpo, ¿qué fundamento dar á la supremacía que se arroga el poder espiritual sobre el temporal? Esta podrá subsistir y conducirse sin el otro tan bien como el cuerpo sin el alma. Y así nos vemos librados, por su propia

confesión, de la arrogante y funesta autoridad del clero.

En fin, ¿tendrá menos mérito el hombre en refundir el mal, en preferir el bien, si hace su elección como Fenelon quería que se amara á Dios, sin temor de los castigos, sin esperanzas de recompensas, ó como lo quería también aquella buena mujer de los tiempos del *quietismo,* que llevaba un braserillo para quemar el jardín del paraíso, y un cántaro de agua para apagar el fuego del infierno? Con la fe en el Dios-Providencia, para quién no hay ni pasado ni futuro, para quién no hay más que lo presente, cesa todo libre arbitrio, y por lo tanto toda responsabilidad. ¿Cómo conciliar «un hombre que quiera libremente con un Dios que prevé infaliblemente?» (Julio Simón.) ¿Cómo sería el hombre dueño y responsable de sus actos estando todo previsto, reglado, ordenado con anticipación? ¿Cómo su voluntad de hormiga, podría contrarrestar la voluntad del Señor de los universos, el poder del Todopoderoso? «Desde el momento en que concedemos la libertad al hombre, dice Gœthe, acaba la omniscencia de Dios; desde que Dios sabe lo que he de hacer, estoy obligado á obrar conforme á su presciencia.» Cuando los deístas reprochan á los ateos que derriban las bases de la moral, no advierten que los ateos

pueden dirigirles la misma recriminación. En efecto, con la fe en la Divina Providencia, es decir en el dogma de la predestinación, se cae, por una parte, en el fatalismo oriental, pues lo que debe acontecer acontecerá, y, por otra parte, en el derecho de impunidad, incluso en este mundo, pues donde cesa la responsabilidad, cesan el mérito y la falta. «¿Con qué fundamento de justicia, dice Montaigne, pueden los dioses recompensar al hombre sus acciones buenas y virtuosas, si ellos mismos los han encaminado y producido en él? ¿Y por qué se ofenden y vengan de los vicios que cometa, si han sido ellos quienes le han puesto en esta situación, y si con un designio de su voluntad pueden impedir que falte?» Un criminal, un parricida podría hacerse absolver con sólo invocar la doctrina de san Pablo, de san Agustín, de santo Tomás, de Calvino, de Bossuet. Le bastaría con decir: «Puesto que todos nosotros no somos más que instrumentos en manos de la Providencia, no podía no matar á mi padre, pues este crimen estaba decretado por la Providencia, de la cual soy mero instrumento.»

Si el Dios Providencia existe, hay que decir con el mismo Fenelón: «El hombre se agita, Dios le conduce.» No, protesto. No es Dios quien le guía; es mi libertad, es mi conciencia.

En el orden moral, Dios es aún «una hipótesis de la cual no necesito.» Mi conciencia,—el mejor de todos los casuístas, como le llama J. J. Rousseau,—mi conciencia, que es la ciencia de mí mismo, me dice con voz muy clara, muy firme, muy imperativa,—y bajo pena de remordimiento, es decir del infierno verdadero, —que el bien es el orden; que es la utilidad de todos y de cada uno; que el bien es la ley moral como la gravitación la ley física, y que nuestras acciones deben tender á ella como una piedra tiende al centro al escapar de la mano; que el bien es la ley de los seres entre sí, sobre todo de los seres sensibles, que son semejantes, que son hermanos.

¿No tuvo Pascal la desgracia de decir, en uno de sus desvíos, «Los pecados, son pecados solamente porque son contrarios á la voluntad de Dios»? Y, ¿no han sostenido los teólogos que *no hay que obrar siempre según las luces de la conciencia?* Bayle, contesta á esto: «Doctrina monstruosa que echa por tierra toda moral»; y Montaigne, antes que Bayle: «¡Instrucción ruinosa que persuade al pueblo de que la creencia religiosa es la única que basta á la justicia divina! El uso, nos hace ver una distinción enorme entre devoción y conciencia... Son casos que he

visto siempre muy acordes: las opiniones supracelestes y las costumbres subterráneas.»

«La religión hace restituir un escudo, para hacer apuñalar á Enrique IV.» «La religión impide á los hombres ver, porque les prohibe mirar.» (Diderot.)

¿No se impone después de todo lo dicho, la conclusión de que la religión es una segunda y ficticia conciencia que corrompe, dominándola, la conciencia primitiva y natural? (98).

«Los que siguen rectamente los dictados de su conciencia, escribía Enrique IV antes de abjurar, son de mi religión, y yo soy de los que son buenos y esforzados.»—Y Fichte, al revés de los casuístas: «Mientras exista quiero obedecer mi conciencia en cuanto me prescriba.» Es la frase sencilla y firme de Lutero en Augsburgo: «No quiero ni puedo retractarme de nada, porque jamás hay que obrar contra la propia conciencia.» Kant, en fin, afirma: «No tenemos nuestras acciones por obligatorias porque sean de mandato divino; por el contrario, las tene-

(98) «Buena ó mala, toda moral revelada falsea el espíritu y vicia el juicio». (Y. Soury).

«En lugar de ser una superioridad de la naturaleza humana, la religión aparece como una debilidad que pone obstáculos á la humanidad en su infancia, pero á la cual debe ésta escapar de la edad madura... La religión y la civilización están unidas por una relación inversa, de suerte que los progresos de una señalan la decadencia de otra». (Dr. David Strauss).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1080 1625 MONTERREY, MEXICO

mos por mandatos divinos, porque á ello estamos obligados interiormente.»

«La ley moral, había dicho Platón, precede á la ley religiosa; el santo no es santo sino porque es justo.» También puede aceptarse la hermosa definición que de la conciencia daba Cicerón, antes del Evangelio: «Hay una ley verdadera, inscrita en todos los corazones, inmutable, eterna, cuya voz nos indica nuestros deberes, cuyas amenazas nos apartan de hacer mal... Nada se puede cambiar ni quitar á esta ley... No es ni Senado, ni pueblo que pueda dar franquicia para ello; no tiene necesidad de comentador ni de intérprete; es la misma en Atenas, la misma en Roma, la misma ayer, hoy, mañana, en todo tiempo.»

El sentimiento de la justicia, «el sentimiento del bien y del mal, es un hecho primordial de la naturaleza humana, que se nos impone con exclusión de todo razonamiento, de toda crencia dogmática, de toda idea de pena ó de recompensa.» (Marcelino Berthelot.) Este sentimiento de la justicia, que es, según Descartes, «contemporáneo del sentimiento de nosotros mismos,» existe en lo más profundo del corazón de todos los hombres, aún de los más pobres de espíritu; persiste más allá de la razón, hasta en el corazón de los insensatos, de los locos. Es el primero

y último rayo de luz de la inteligencia humana. Lamennais ha escrito: «¿Por qué gravitan los cuerpos unos hacia otros?—Porque Dios ha querido, decían los antiguos,—porque los cuerpos se atraen dice la ciencia.» Pues bien, lo mismo que para la gravitación, no hay necesidad de un Dios creador que ponga y mantenga á los astros en movimiento; así también, para la Justicia, negación absoluta de la Gracia, no hay necesidad de Providencia.

«La Justicia, ha dicho Platón, es la reina de los mortales y de los inmortales; tiene derecho de juzgar á los dioses.» A lo que añade Aristóteles: «La Justicia es la virtud perfecta, la primera de las virtudes. Ni la estrella de la mañana, ni la estrella de la tarde, son tan bellas, y en la justicia se agrupa toda la virtud.» Y agrega: «La ciudad reposa en el amor no menos que en la Justicia, y la Justicia suprema es amor.» ¿No es ésta la fórmula republicana? Cicerón ha dicho igualmente: «La Justicia es la reina y la dueña de todas las virtudes; es la virtud por excelencia, porque por ella se sale de sí para pensar en los otros.» —«La Justicia, dice Proudhon á su vez, es la fórmula eterna de las cosas, la idea que sostiene toda idea, la ley que se afirma á sí misma, y se demuestra porque se afirma... Es *inmanente* en la conciencia; es huma-

na, toda humana, nada más que humana... No tiene necesidad de médico ni de revelador. La conciencia es la facultad cuyo producto es la justicia. Es una voz que hace valer en nosotros, contra nosotros mismos, el derecho del prójimo... La conciencia, es la facultad soberana á la que todas las demás están llamadas á servir, como los miembros del cuerpo sirven al cerebro, mientras ella no sirve á ninguna.» E. Quinet dice: «El orden universal, el equilibrio de los mundos es la justicia inconsciente y se realiza en la conciencia del hombre de bien.»

El mismo sentimiento de confianza ciega y de obediencia absoluta á la conciencia, se encuentra en todos los moralistas. «¿Qué espectáculo nos gusta más, dice Rousseau, el de los tormentos ó el de la felicidad de los otros? ¿Qué nos es más dulce hacer, y nos deja una impresión más agradable después de haberlo hecho, un acto bueno ó un acto malo?... Si no hay nada moral en el corazón del hombre, ¿de dónde le vienen, pues, esos transportes de admiración por las acciones heroicas, esos entusiasmos de amor hacia las grandes almas?... ¿Por qué prefiero ser un Catón que desgarra sus entrañas, á un César triunfante? Quitad de nuestros corazones este amor por lo bueno, y quitaréis todo el encanto de la vida.» «Si debiera optarse, dice

nuestro maestro Diderot, entre la suerte de un malvado afortunado y la de un hombre de bien desgraciado, no vacilaría. ¿Qué motivo me impulsa á una elección tan decidida? La persuasión de que no hay malvado que no haya deseado á menudo ser bueno, y de que el bueno jamás deseará ser malo... El malvado no puede despreciar la virtud, tampoco sé si puede odiarla.»

Escuchad, en fin, á La Mettrie, este La Mettrie tan calumniado, á pesar del *Elogio* que de él hizo Federico el Grande: «Hay tanto placer en hacer el bien, en sentir, en reconocer el que se recibe, tanto contento en practicar la virtud, en ser amable, humano, tierno, caritativo, compasivo, generoso, que tengo por bastante castigado á cualquiera que tiene la desgracia de no haber nacido virtuoso.» (*El hombre-máquina.*)

«Jamás he oído decir, escribe Proudhon, que Dios me haya ordenado, so pena de lesa-majestad hacia su persona, comer, respirar, dormir, ejecutar alguna de las funciones que interesan á mi vida animal... ¿Por qué no ha debido hacer otro tanto acerca de mi vida moral? ¿Es que las leyes de mi conciencia son menos ciertas que las de mi organismo? Cuando hago mal, ¿no me castiga el pecado al instante por la vergüenza y los remordimientos; así como la virtud, si

hago bien, me recompensa por la opinión de mi valor?»

«¿Qué necesidad hay de buscar el infierno en la otra vida? Existe ya en ésta en el corazón del malo» (J. J. Rousseau), pues «el malo huye sin que se le persiga,» ha dicho Salomón. (*Prov.*, capítulo XXVIII.)

Que escuche mi conciencia y me ordene como regla de conducta: «Cree lo que puedas, haz lo que debas» y entonces haré el bien, huiré del mal sin preocuparme del paraíso ni del infierno, pues no puede traicionarme, es yo mismo, y en mí el verdadero Verbo del verdadero Dios.

No olvidemos, no perdamos jamás de vista, que ni aun reducido á la *elección de motivos* que determinan la voluntad, el libre arbitrio es suficiente para servir de fundamento á la responsabilidad humana, y por lo tanto á la ley moral (99). Tampoco olvidemos que, desde luego, el mayor mérito de la educación, de la instrucción, de los conocimientos adquiridos, es que suministran á la elección de la voluntad muchos más motivos, y mejores, que la ignorancia y el salvajismo. «Saber más, á fin de querer mejor.»

(99) Así, por ejemplo, reconocemos claramente, en el *Orestes* de Esquilo, la creencia de que el culpable debe hallar la pena de su falta, al menos en los remordimientos, «esta jauría de perros furiosos que siguen la pista del criminal atraídos por el olor de la sangre»; de suerte que el mundo está gobernado por la ley de la expiación.

He aquí cómo mejora la civilización, los costumbres, introduciendo en nuestras acciones, públicas y privadas, las nociones de la justicia, es decir las nociones de los derechos de la vida individual y de los deberes de la vida colectiva (Dr. Clavel), y cómo, en una palabra, la ciencia da nacimiento á la moralidad. «Creamos, ha dicho Mirabeau, que el día en que la luz y la moral con ella, penetre en todas las clases de la sociedad, las almas débiles serán esforzadas por prudencia, los ambiciosos variarán por interés, los poderosos se moderarán por previsión, los ricos serán benéficos por cálculo, y así sucesivamente la instrucción disminuirá los males de la esfera humana hasta hacer de su condición la más apacible de que sean susceptibles seres mortales.»—«El grado de virtud que puede alcanzar el hombre un día, dice por su parte el ferviente apostol del progreso indefinido, Condorcet, es tan inconcebible para nosotros como el que puede adquirir la fuerza del genio. ¿Quién sabe si llegará un día en que nuestros intereses y nuestras pasiones no tengan sobre los juicios que dirigen la razón, mayor influencia de la que hoy tienen en nuestras opiniones científicas, y en que toda acción contraria al derecho del prójimo sea físicamente tan imposible como lo es actualmente un acto de barbarie cometido á

sangre fría para la mayoría de los hombres civilizados?»

Visto está, pues, en términos concluyentes por qué las sociedades deben buscar su felicidad, su progreso, su grandeza, en la difusión de las luces del saber, en la participación de todos en los conocimientos de algunos. He aquí, en fin, por qué la conciencia apenas perceptible en el hombre aislado—que no tiene al venir al mundo ni principios ni ideas innatos,—comienza á nacer en la vida de familia, crece en la vida de tribu, luego en la de ciudad y más tarde en la de nación; por qué irá creciendo en la vida más intensa de las razas y de la especie entera, y por qué el sentimiento de humanidad es aún superior al de patriotismo (100).

Obedezcamos, pues, á la ciencia lo mismo que á la conciencia. Sigamos á este otro guía, no menos seguro y no menos sincero, á menudo más imparcial y más ilustrado.

«¿Qué diferencia hay entre los sabios y los ignorantes?» preguntaba alguien á Aristóteles: «La misma, decía, que entre los vivos y los muertos.» No olvidemos que la ciencia es el

(100) «Dios me preserva de un patriotismo que me impediría ser ciudadano del mundo». (Lessing).

Para indicar el desarollo histórico de la moralidad humana, la filosofía positiva reconoce tres fases: La moral individual, la moral doméstica y la moral social.

fundamento de toda educación, social ó personal, porque reemplaza instintos á menudo erróneos por conocimientos demostrados y precisos; que es esencialmente progresiva, al revés de las religiones, estacionarias, inmóviles; que tan sólo ella, religión del porvenir, puede vencer todas las supersticiones; que ella sólo, basada en la demostración y en la evidencia, puede producir la unidad de creencia en el mundo entero, mientras toda revelación combatida por revelaciones contrarias ó por herejías nacidas en su propio seno, no ha podido producir jamás, en parte alguna, la unidad de la fe; que ella únicamente pone de acuerdo las opiniones, en tanto la teología y la metafísica acarrean forzosamente la discordia; que únicamente ella, después de suprimir la teología, acabará por suprimir la metafísica y echarlas al montón de la astrología y de la alquimia, entre los restos de un pasado muerto sin esperanza de resurrección; que ella solamente, después de haber reunido por progresos sucesivos las familias en tribus y las tribus en naciones, puede llegar á reunir las naciones en Estados Unidos de Europa, de Asia, de América, y hasta en una confederación general de toda la humanidad; no olvidemos, finalmente, que es más poderosa que la virtud misma para el servicio de las sociedades humanas.